

Cueto y Rivero, Manuel de

**Discurso leído en la Universidad Central.
Únicamente la doctrina y las acciones
evangélicas, como de Dios hecho hombre,
pudieron levantar a la humanidad y librarla
de la abyección en que había caído / por
Manuel de Cueto y Rivero.**

Madrid : Imprenta de la Compañía de Impresores y
libreros, a cargo de A. Avrial, 1860.

Vol. encuadernado con 25 obras

Signatura: FEV-AV-M-01428 (13)

La obra reproducida forma parte de la colección de la Biblioteca del Banco de
España y ha sido escaneada dentro de su proyecto de digitalización

<http://www.bde.es/bde/es/secciones/servicios/Profesionales/Biblioteca/Biblioteca.html>

Aviso legal

*Se permite la utilización total o parcial de esta copia digital para fines sin ánimo de
lucro siempre y cuando se cite la fuente*

DISCURSO

EN LA UNIVERSIDAD CENTRAL

DE MADRID

DON MANUEL DE CUESTO Y RIVERO

Unicamente la doctrina y las acciones evangélicas, como de Dios hecho hombre, pudieron levantar á la humanidad y librarla de la abyeccion en que habia caído.

MADRID.—1860.

IMPRIMERIA DE LA COMPAÑIA DE SEBASTIÁN Y CAÑAS

El presente es un libro de los señores de la casa de
los señores de la casa de los señores de la casa de
los señores de la casa de los señores de la casa de
los señores de la casa de los señores de la casa de

DISCURSO

LEIDO

EN LA UNIVERSIDAD CENTRAL

POR EL LICENCIADO

DON MANUEL DE CUETO Y RIVERO.

EN EL ACTO SOLEMNE DE RECIBIR LA INVESTIDERA

DE DOCTOR EN SAGRADA TEOLOGIA.

MADRID:—1860.

IMPRENTA DE LA COMPAÑIA DE IMPRESORES Y LIBREROS,
Á CARGO DE D. A. AYRIAL.

DISCURSO

LEIDO

EN LA UNIVERSIDAD CENTRAL

POR EL LICENCIADO

DON MANUEL DE CUESTO Y RIVERO

EN EL MUNICIPIO DE MADRID LA FERIA DE

DE DOCTOR EN SACRAMENTO DE TEOLOGIA

MADRID.—1880.

IMPRESA DE LA COMISIÓN DE ARRIBOS Y LITORAL

A CARGO DE D. J. AYALA

Excmo. é Ilmo. Señor:

LA antigüedad imaginó el mito ó fábula de Faeton para alentar y disculpar á los que se arrojan á grandes empresas, antes por gloria de acometerlas que en la esperanza de llevarlas á término venturoso. A mucho y con mayor riesgo me atrevo yo, cuando falto de poderosas fuerzas, pongo la mira en los altos honores que de las Universidades Salmantina y Complutense un dia, y hoy de la Central, solo alcanzaron varones de privilegiado y precoz entendimiento, ó muy distinguidos en el estudio y enseñanza. Para mí reclamo ahora la disculpa que tan bellamente poetizaron los antiguos; y sé que la obtendré de este esclarecido centro, pues la indulgencia es compañera inseparable del sábio.

Alegorías y fábulas como la de Faeton, hubieron de servir á los pueblos primitivos (perdido el conocimiento de la verdad divina) para dar bulto y alguna estabilidad á la religion que les dictaban sus afectos y pasiones, á la moral, á los frutos de la experiencia y al recuerdo de las cosas pasadas. Necesitaban un medio que hiriendo mucho su imagina

cion, grabase hondamente en la memoria ideas y máximas útiles é indispensables para el gobierno y deleite de la vida. Con el jeroglífico adivinaron la escritura; con el mito ó símbolo se dirigieron en busca de la religion, de la filosofía y de la historia. Fué, pues, el mito un recurso en la niñez de la sociedad, cuando casi todo el género humano, ciego á la luz del Omnipotente, vivia dividido en pequeñas tribus ansiosas de devorarse unas á otras, ignorantes de los eternos principios de la verdad y de la justicia.

En brazos del fatalismo y de la supersticion ¿qué extraño venerasen como dios al feliz aventurero que arrastrando tras sí armadas turbas de Medos, Armenios y Persas las llevó al Africa en naves, ocupó los lugares cercanos á la costa, y atravesando el estrecho de Gibraltar vino á levantar allí las columnas recordatorias de sus triunfos? Le apellidaron *Melcharto* los fenicios, palabra que vale tanto como *rey de la tierra*, aludiendo á sus conquistas y poder marítimo; los griegos le llamaron *Hércules* ó lo que es lo mismo el *capitan*. Unos y otros alzaban templos al valor simbolizado en tan audaz caudillo, cuyas hazañas al pasar de boca en boca fueron adulterándose y creciendo con las de otros guerrilleros á quienes por su arrojo daban los pueblos el propio enfático nombre de *Gran capitan* ó de *Rey de la tierra*. A medida que se transformaba la imágen histórica del primitivo Hércules, absorbiendo la de los otros capitanes, iba naciendo el mito y por consiguiente el símbolo y la fábula. Neptuno, á quien los griegos dicen Possidonio, ¿qué fué sino uno de los primeros navegantes? ¿Por qué se deificó á Jason sino por haber inventado la nave larga? Todo el que satisfacía una necesidad del

pueblo era en los siglos míticos tenido por dios, é invocado su nombre por el supersticioso vulgo en las calamidades públicas, esperando tener propicios con ello el hado y la fortuna del héroe.

Pero desde el momento que la palabra pudo transmitirse de generacion en generacion con claridad y fijeza; desde que la experiencia de los siglos pasados logró hablar descubiertamente con los venideros; desde que nació la discusion escrita y pudo levantar su majestuosa cabeza la historia, viéronse en vergonzosa desnudez las ficciones, y la humanidad se halló perdida y sin norte á donde volver los ojos en revuelto mar de abominaciones y delirios. Y ¡cosa providencial! repleto de cuantos ídolos forjaron las más ignorantes tribus del orbe, no se conocia en el inmundo olimpo romana divinidad ninguna que dejase entrever la nocion del Dios verdadero. Todas, como hechuras de hombres eran merecedoras, por sus crímenes, de grillos y cadena; y cada cual de por sí peor que el más desalmado mortal, ¿qué freno podia jamás tener este en sus pasiones y desbordados apetitos? ¿qué moral la del mundo cuando quemaba incienso en las aras de Venus, de Mercurio y de Júpiter?

En vano la filosofía griega se afana por buscar la verdad y la moral sin otro auxilio que el de nuestra estéril razon; inútilmente los romanos presumen de haber hallado la justicia y el derecho para traer la paz á la tierra. Grecia filosofaba por solo vanidad; Roma defendia el derecho y le vociferaba para solo su ambicion, y para sancionar sus depredaciones y conquistas. Decia Ciceron que no podian verse en la calle dos sacerdotes de los ídolos sin echarse á reir el

uno del otro: ciertamente que lo propio sucedería cuando se encontrasen dos jurisconsultos.

Pero ved aquí que, cumplidos los tiempos, aparece la luz verdadera, baja al mundo en forma mortal aquel que le hizo, viene á los suyos el hijo de Dios; mas los suyos ni le conocen ni le reciben. Sus acciones, sin embargo; la doctrina sobrehumana, cuyas semillas esparció prodigiosamente, y la claridad que trajo en pos de sí dejando avergonzadas y desvanecidas las tinieblas,—fueron tales que hicieron patente la divinidad de Jesucristo, desconcertando para siempre las maquinaciones del infierno.

Este es el objeto de la proposición que me ha cabido en suerte, proposición para cuyo desarrollo y buen desempeño se necesitaban otras fuerzas que las pobres mías y escribir un voluminosísimo libro. Procuraré sin embargo ceñirme al asunto y no abusar de vuestra atención, al considerar que *única-mente la doctrina y las acciones evangélicas, como de Dios hecho hombre, pudieron levantar á la humanidad y librarla de la abyección en que habia caído.*

A cuatro reduciré los puntos de vista de mi discurso: histórico, moral, civilizador y político.

Dios, afirma San Pablo, envolvió en incredulidad todas las cosas para ser de esta manera más misericordioso con todos. De aquí se ha valido siempre nuestro comun enemigo para combatir la verdad cristiana, para desatar contra ella los furrores de la impiedad y la herejía. «No hay Dios» gritan

en su corazon el necio y el impío; « no vino el Cristo » dice el espíritu rebelde; « fué un hombre, no hubo en él nada de sobrenatural, es un mito » vociferan la soberbia y la envidia del descreído filósofo; « no hay otra esperanza que en mí » clama sin cesar el infierno. Y mientras la ingratitud y el despecho así se revuelven en su impotencia, ¡cuán diferentes las voces de la fé! « Esa multitud de astros y esa hermosura de la naturaleza me anuncian la existencia y el poder de Dios; esta aspiracion á lo infinito, esta fuerza irresistible que siento en mí para superar dificultades, para inventar cosas prodigiosas, me testifica la inmortalidad de mi alma; esa continua enseñanza que ofrecen los vaivenes de la vida y la incesante mudanza de la fortuna, la prosperidad ó el castigo de los malos, las tribulaciones y la resignacion de los buenos, me dan á conocer la Providencia de Dios; la caridad me persuade á que ame al hombre, y la esperanza me señala abiertas las puertas del cielo.»

Como nada hay nuevo debajo del sol, —ni tampoco las armas de que siempre echa mano la impiedad y la herejía. No descansando en la tarea de minar los cimientos de la religion verdadera, intenta despojarla hoy de uno de sus atributos, mañana de otro de sus principios; pugna sin descanso por convencer al hombre de que es mortal como las bestias, y de que no es distinto de los tigres y escorpiones; y viene á cerrar el círculo de sus continuos delirios con despeñar al impío en la rematada locura de que prefiera imaginarse un átomo imperceptible, pero constituyente de la Divinidad, á confesarse hijo de Dios y heredero de su gloria por la fe y el arrepentimiento.

No toca á la materia de mi discurso hacerme cargo de otra herejía ninguna, por más que conspiren todas á un mismo fin, que la que por boca de Ebion y Carpócrates comenzó en los tiempos de Hadriano negando la divinidad de Jesucristo, para atreverse quince siglos despues á poner en duda la existencia del Redentor y luego blasfemar que son un mito los hechos evangélicos. Ebion, mezclando á rasgos de la filosofía oriental doctrinas judáicas y cristianas, sostuvo que la ley de Moisés se habia de guardar con el Evangelio. Carpócrates reputaba á Jesus puramente hombre, engendrado por San José, y admitia un Dios bueno y otro malo. De aquí arranca la senda de perdicion cuyo término es hoy el más descarado ateísmo.

La revolucion religiosa que hace cuatrocientos años comenzó á arder como una hoguera en Alemania, Inglaterra, Escocia y parte de Francia, sin haberse apagado todavía, alentó la desenfrenada independenciam de los espíritus rebeldes, arrastrando en pos de sí á las masas para hacer pedazos los más fuertes vínculos de la sociedad. La plebe ignorante rompió el dique á sus brutales instintos; en las inteligencias medianas, se arraigó la supersticion y el absurdo; y en los hombres doctos la indiferencia. Resultado de todo esto fue, que los que conocian la falsedad y la extravagancia de las nuevas doctrinas, sin arrojo para abandonarlas, se resolvieron cada cual de por sí á inventar ellos mismos su religion, respetando por ceremonia, y en apariencia solo, el culto prescrito por las leyes del país en que residian. Digno de meditacion y estudio es el fenómeno ocurrido despues de la revocacion del edicto de Nantes. Pasaron á Holanda algunos protestantes franceses,

hombres de ciencia y erudicion; y estos, que dejaban su patria por no ser católicos, no quisieron ya ser protestantes entre los protestantes; y tuvieron que apelar á los delirios, caprichos y pedantescas excentricidades de los filósofos antiguos. Hobbes en su materialismo, Bayle en su pirronismo, Le-Clerc aborreciendo mortalmente los dogmas y antigüedades eclesiásticas; Toland, Hume y todo el que no quiso hacer número en una secta dada, recludaban bajo sus banderas las medianías literarias, los jóvenes de costumbres depravadísimas, en una palabra, á cuantos vivian descontentos de sí mismos. El mal ejemplo no tuvo ya límites; y el deseo de singularizarse y la vanidad de verse cabeza de un partido por pequeño que fuese, multiplicó las sectas y los heresiarcas, convirtiéndose la sociedad en una verdadera babilonia, á los gritos de Voltaire, Helvecio, La-Metrie, Treset, Tousaint y el hediondo autor del *Sistema de la naturaleza*.

Aquella algazara que hacia derramar infecundos torrentes de sangre, era sustituida muy pronto por nuevas voces impías que aun retumban como el trueno pausadamente repetido de la tempestad que se aleja. Quién, por solo su antojo y presumiéndose un portento de sabiduría, trató de echar abajo el árbol de la Cruz, regado por la sangre de los mártires. Quién quiso poner en su lugar el satánico egoismo, aspirando con ello á divinizar al hombre, sin conocer que Dios le habia divinizado ya al tomar nuestra carne y elevarnos á su consorcio. Quién, deificando la materia, resucitó los desatinos de Epicuro y Aristipo, y sostuvo que el deleite era el último fin del hombre, y le juzgó bueno aunque procediese de cosas las más indecorosas, y aseguró que solamente le esquivo quien tiene

trastornado el juicio ; y proclamó que los deleites del cuerpo son muy superiores á los del ánimo ; y concluyó que nada hay justo, bueno ó malo por naturaleza , sino por ley y por costumbre.

Estos descaminados entendimientos ensayaron tambien la historia en la rabiosa piedra de toque de las pasiones que los desatinaban , y torcieron todos los hechos pasados á medida del superficialismo de su pluma y del orgullo de su mala intencion. Voltaire bosquejando un ensayo sobre la historia universal (libro de fastidiosísima , y nada instructiva lectura), acomodó los sucesos al intento de apoyar el fatalismo. El abate Raynal, queriendo escribir historia política , afectó ridícula oposicion al Cristianismo , agravando pésimamente sus abusos y negando sus bienes. Hizose moda desde entonces el absurdo de formar juicios resolutos con datos incompletos , el ansia de sacar de hechos aislados reglas generales y leyes morales y constantes , la vanidad de haber encontrado la filosofía de la historia , y el arrojo de descoyuntar la historia para que se acomode y ajuste á la filosofía particular de cada presuntuoso ; en una palabra , así como el vapor á la industria , quedó la imaginacion aplicada á la historia.

¿Cómo apareceria en sus execrables libros la de la verdad cristiana ? ¿cómo se torceria la de los hechos evangélicos para negar su origen divino ? Y sin embargo , la existencia histórica de los Césares y de los varones ilustres griegos y romanos del primer siglo de la Iglesia, no se halla más comprobada que la existencia histórica de nuestro divino Redentor que trajo la paz y la verdad , sujetándose al imperio de la muerte en afrentoso suplicio. Publiquen en buen hora que existieron Augusto y Tiberio, ya el testimonio de autores coetáneos , ya

las medallas que se encuentran debajo de tierra, ya las piedras escritas y las despedazadas ruinas de soberbios edificios; á su vez publicarán tambien que existió Jesus hijo de Maria Virgen y que obró portentos y milagros, los mismos historiadores gentiles, la uniforme relacion de los Evangelistas, dictada en regiones apartadísimas entre si, esa multitud de reliquias y de monumentos cristianos esparcidos por toda la redondez del orbe, esos maravillosos escritos de los Santos Padres, esas catacumbas abiertas debajo del solio de los Césares, donde la muerte triunfaba de la vida, donde la humildad desconcertaba al soberbio, y la resignacion á la violencia.

Si no hay manera de poner en duda la existencia histórica de Jesucristo como hombre, tampoco la puede haber como Dios verdadero. Los espíritus de mala fe que tuvieron atrevimiento de calificarle de mito, escribían exclusivamente para rudos y necios, para quien ignoraba que el mito es propio solo de sociedades primitivas en que predomina la imaginación á costa del juicio, cuando el género humano se halla dividido en infinitas y pequeñísimas tribus, cada cual con distinta lengua, religion y costumbres; de aspiraciones mezquinas y de pasiones bárbaras, sin frecuente comunicacion entre sí; dispuestas á impresionarse con facilidad, á dar bulto y forma á las hablillas del vulgo, á desfigurar y crecer las tradiciones. El mito, que por fuerza tuvo este origen, únicamente pudo ser despues aceptado como religion por sociedades ambiciosas, egoistas y tiránicas. Ni se forman ni tienen culto sincero los mitos en siglos de ilustracion refinada, de incredulidad grande ó de indiferentismo, de libre discusion, de decadencia en una palabra. Y precisamente Jesucristo vino

al mundo en una de estas épocas de libre discusion y exámen, cuando una sola lengua y una sola escritura eran la escritura y la lengua oficial en todo el mundo, cuando la religion cristiana tenia adversarios como los judíos, perseguidores como Neron los siervos de la Cruz, y el apóstol de las gentes censores y envidiosos como Luciano.

No hay recurso: ó se admite la existencia de Jesucristo con todas sus circunstancias, para ser consecuentes en la recta aplicacion imparcial de las severas reglas de critica; ó se niega con el propio desatino que los pirrónicos lo negaron todo, con el mismo fundamento que los seudo-críticos modernos calificaron de mito á Homero y al Cid, con igual apoyo que los escépticos futuros estimarán un mito á Lope de Vega y Cervantes, si me es permitido traer estos nombres á la materia sagrada que sustento. Y al propósito, recuérdese cuán fácilmente y con cuánta viveza el ingenio ha ridiculizado la teoría de los mitos: en la pluma de Harduino, sosteniendo que no ha existido nunca el imperio romano; y en la de un escritor de nuestros dias, intentando probar que jamás existió Napoleon, y que es un mito del fanatismo guerrero.

Si la fe humana, para ser consecuente consigo misma, tiene que reconocer el origen divino de los hechos evangélicos considerados bajo el aspecto histórico,—la humana razon no puede menos de confesar esta verdad cuando la exa-

mina al crisol de la moral , de la civilizacion y de la política.

¿Cuál era el estado del mundo, cuál era la única esperanza de su regeneracion, cuando el Hijo de Dios se hizo hombre y vivió entre nosotros? La idea de un Ser Supremo, conservada en un principio entre los sacerdotes de los diversos pueblos , habia ido oscureciéndose hasta el punto de caer todos en un monstruoso politeismo, obra de hombres , y como tal despreciado despues por los mismos que le inventaron. Supusieron que cada árbol era un semidios , cada fuente una ninfa; para cada vicio creóse una deidad ; y de aquí resultó llegar á ser los dioses infinitamente peores que los hombres , una caterva de bandidos, vengativos, lascivos, cenagosos, sibaritas y crueles , venerados con la misma vergonzosa práctica de sus atributos: « transfirieron á los dioses las cosas humanas (observaba Ciceron) , cuando hubiera sido mejor transferir á nosotros las divinas.» Las fiestas bacanales y saturnales, las lupercales y florales, y la infame adoracion dada á Venus ofrecen el completo y repugnante cuadro de disolucion en que el hombre aparecia más degradado que los brutos. Tan nefando lazo entre tales dioses y tales hombres , envileciendo á unos y á otros , no podia engendrar el respeto á la moral, infundir en el corazon la idea de la Justicia Divina, la de la Providencia de Dios , la de la inmortalidad de nuestra alma, la de los premios y castigos en la otra vida. Por eso ni aun los mismos filósofos gentiles conocieron estas verdades , y hasta los niños , como dice Ciceron , dejaron de creer en los dioses. « Y como no dieron pruebas de conocer á Dios (son palabras de S. Pablo) , así los entregó Dios á un réprobo sentido para que hiciesen cosas que no convienen ; llenos de

toda iniquidad, de malicia, de fornicacion, de avaricia, de maldad; llenos de envidia, de homicidios, de contiendas, de engaños, de malignidad; chismosos, detractores, injuriadores, soberbios, altivos, inventores de males, desobedientes á sus padres; necios, inmodestos, malévolos; sin fe, sin misericordia.»

¿Cómo en una sociedad compuesta de estos hombres no ver santificado el despotismo del más fuerte, en servidumbre la mujer y los hijos, constituido en esclavo aquel á quien negaban sus favores la casualidad ó la fortuna, triunfante la sinrazon en el asilo doméstico, triunfante la violencia por las calles y plazas, la tiranía más cruel pesando sobre todo el orbe, en la abyeccion más infame la humanidad entera? ¿Y qué sarcasmo igual al de vociferar hipócritamente el senado y pueblo romano, á la vez que acataba este espantoso caos, los principios eternos del derecho y de la justicia?

Sin embargo, cuando la humanidad gemia en esta bárbara opresion; cuando el principe de los oradores romanos discurriendo en materia religiosa, formaba catálogo de las opiniones de todos los sabios gentiles, calificándolas de delirios de un calenturiento (*Exposui non philosophorum judicium, sed delirantium somnia*); cuando en el pueblo escogido y entre todas las tribus paganas que cubrian la redondez de la tierra, solo quedaba la esperanza de que viniese un reparador, un legislador y un libertador divino (¡tan viva era la conciencia que de su propia incapacidad tenia el hombre!), — se ven cumplidas las profecías de los sagrados libros y los deseos de los más inspirados idólatras. «Ya que nada sabemos (habia escrito Platon), alguien habrá que venga á enseñarnos

cómo nos hemos de conducir respecto á los dioses y á los hombres. Solo un Dios nos podrá iluminar.»—Aquel Dios que tanto anhelaba el divino Platon, aquel Dios desconocido á quien alzaban altares los atenienses y los antiguos iberos, es la luz que iluminó á toda inteligencia; y que tomando carne y humana naturaleza en el seno de la bienaventurada Virgen María, nació en un pesebre, porque el principio de la virtud y del saber es la humildad; habitó entre nosotros, sujeto á los mismos trabajos y miserias de toda la humanidad, gustando el cáliz de la amargura y padeciendo inconcebibles martirios, para enseñar que el dolor y la paciencia purifican y subliman nuestra humana naturaleza; murió en el más ignominioso de los suplicios, desnudo y pobre, porque el bienestar y las riquezas del mundo no dan la felicidad apetecida; é hizo lo que toda la humanidad junta no habia podido hacer, para demostrar al hombre que hay Dios y que hay providencia divina.

Hemos visto cuán desesperanzados estaban los filósofos de hallar el dogma y el verdadero culto, de encontrar la moral y los fecundos principios de la civilizacion y de la cristiana política. ¿Quién pudo hacer este prodigio sino aquel Dios que en profecía señaló Platon con el dedo? ¿Cómo dejará de patentizar su origen divino la doctrina evangélica al compararse con la de los filósofos gentiles, con el saber que pudo alcanzar el hombre abandonado á sí propio? ¿Cómo no avergonzará á la más sutil filosofia del estóico la cristiana filosofia, iluminando el corazon del ignorante pastor, del tosco gañan, del rudo carbonero?

No levantó Jesucristo su impercedero reino con el estrépito de las armas, con que César y Alejandro establecieron

su pasajera dominacion; no llevó tras sí muchedumbres de vencidos pueblos atadas con cadenas; no sorprendió al vulgo con el brillo deslumbrador del oro y de la púrpura; antes por el contrario, haciendo luz de las tinieblas, y sabiduría maravillosa de la ignorancia y tosquedad de pobres pescadores, y atrayendo tras sí turbas inmensas con la eficacia de su palabra, fijó el culto que puede agradar al Omnipotente, y demostró como él era la verdad, el camino y la vida. Él enseñó la mortificacion de la carne, la subordinacion de las pasiones y apetitos al espíritu, cuya victoria asegura nuestra union eterna con Dios y la felicidad verdadera; él la conformidad de la voluntad humana con la divina, á la cual debemos sacrificar todos nuestros afectos, todos nuestros pensamientos, como que ella únicamente puede guiarnos al bien; él substituyó la hostia santa de nuestra resignacion y el puro holocausto de nuestra humildad, al holocausto de sangre humana vertida por el hermano, por el hijo ó por el padre, y al vergonzoso sacrificio del pudor; Cristo nos enseñó á amar á nuestros enemigos, desató los raudales de la caridad, y con el fuego de la fe encendió nuestro pecho en esperanza de seguros bienes.

El corto número de preceptos que nos dió Jesus, la misma sencillez de su doctrina, la utilidad y beneficios que brotan de observarla, el espíritu de equidad y de justicia en que resplandece, lo suave y llevadero del yugo que nos impone, y el reconocimiento del libre albedrio del hombre (en que se funda nuestra libertad de obrar y de pensar, y por consiguiente la responsabilidad ulterior de todas nuestras acciones), testimonios son clarísimos del origen divino de los hechos evan-

gêlicos, los cuales únicamente, como de Dios humanado, tuvieron poder para levantar á la humanidad y librarla de la abyeccion en que habia caido. En ellos está la pauta á que debemos sujetar, y por la cual debemos componer nuestra vida; siendo tan fecundo el ejemplo y la doctrina, que una propia máxima y una misma accion ofrecen ámplia y bienhechora enseñanza, juntamente al labriego y al príncipe, al mendigo y al adinerado magnate, al más tosco y al más sagaz entendimiento. ¡Tanta es la bondad y excelencia de la cristiana Religion, tanta es su igualdad y su justicia, tanta su verdad, tanta su armonia! ¡Solo ella puede traer la paz al género humano, solo á su nombre pueden las ciencias, las letras y las artes imaginar en la tierra algunas vislumbres del paraíso!

Feliz quien con mayor saber y más claro entendimiento que el mio, ya que no con mejor voluntad, logre desempeñar acertadamente materia tan digna como la que señalásteis para ser tratada en este sitio. El alumno que recibe el laurel del doctorado al terminar una penosa carrera de estudios, no es el varon de dilatada experiencia que en los consejos de los príncipes y en las eclesiásticas asambleas trata las más profundas y delicadas cuestiones de la justicia y de la verdad, ni es el académico que en el santuario del saber ofrece sazonado fruto de útiles meditaciones;—es tan solamente el discípulo agradecido al beneficio de sus maestros, afanoso de recordar algo de sus lecciones, de dar alguna débil muestra de aplicacion, á fin de no parecerse á la arena del desierto que absorbe las aguas del cielo sin producir nada.—HE DICHO.

